

LA MIRADA SERENA

Estudios literarios ofrecidos al profesor
Miguel Ángel Lozano Marco



UNIVERSIDAD DE ALICANTE

LA MIRADA SERENA

Estudios literarios ofrecidos al profesor
Miguel Ángel Lozano Marco

LAURA PALOMO ALEPUZ
ÁNGEL L. PRIETO DE PAULA
JUAN A. RÍOS CARRATALÁ
(Eds.)

LA MIRADA SERENA

ESTUDIOS LITERARIOS OFRECIDOS AL PROFESOR
MIGUEL ÁNGEL LOZANO MARCO

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSITAT D'ALACANT

Este libro ha sido debidamente examinado y valorado por evaluadores ajenos a la Universidad de Alicante con el fin de garantizar su calidad científica.

Publicacions de la Universitat d'Alacant
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<https://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480

© los autores, 2023
© de esta edición: Universitat d'Alacant

ISBN: 978-84-9717-XXX-X
Depósito legal: A XXX-2023

Diseño de cubierta: candela ink
Composición: Marten Kwinkelenberg
Impresión y encuadernación:
XXXXX



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización nacional e internacional de sus publicaciones.

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

I

AD HOMINEM

| | |
|------------------------------------------------------------------|----|
| MIGUEL ÁNGEL LOZANO: ENSAYO DE ETOPEYA Y APUNTE INTELECTUAL..... | 13 |
| <i>Ángel L. Prieto de Paula</i> | |
| SALUTACIÓN..... | 25 |
| <i>Ian Macdonald</i> | |
| SER SIGÜENZA | 29 |
| <i>Juan Luis Tato González-Espada</i> | |
| MIGUEL ÁNGEL LOZANO, MAESTRO..... | 35 |
| <i>Rosa M.ª Monzó Seva</i> | |

II

DE ARGENTEA AETATE

| | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| GENERO LITERARIO Y BÚSQUEDA DE TRASCENDENCIA EN <i>LAS CONFESIONES DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO</i> | 49 |
| <i>Gemma Márquez Fernández</i> | |
| TODO ES FRANCIA Y TODO ES ESPAÑA..... | 63 |
| <i>Christian Manso</i> | |
| AZORÍN LEYENDO A LOS POETAS (1929-1945) | 77 |
| <i>Francisco Javier Díez de Revenga</i> | |

| | |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| LA CRÍTICA DE AÑOS CERCANOS: LA NOVELA VANGUARDISTA DE AZORÍN ANTE LA CRÍTICA DE SU TIEMPO | 93 |
| <i>Miguel Ángel Mora Sánchez</i> | |
| A LA LUZ DE LA VELA, EN INSTANTES PROFUNDOS, CUANDO TODO REPOSA.. | 103 |
| <i>Verónica Zumárraga</i> | |
| AZORÍN Y JOSEP PIN I SOLER: A VUELTAS CON EL PATRIOTISMO Y CON LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA (1912) DE FEDERICO DE ONÍS..... | 131 |
| <i>Dolores Thion Soriano-Mollá</i> | |
| AZORÍN, CRONISTA PARLAMENTARIO Y LA CRÓNICA AZORINIANA DE JULIO CAMBA | 147 |
| <i>José Miguel González Soriano</i> | |
| AZORÍN, EL MODERNISMO Y LA GENERACIÓN DEL 98 EN LA EDUCACIÓN PREUNIVERSITARIA ESPAÑOLA DEL SIGLO XXI..... | 171 |
| <i>Miguel Ángel Martín-Hervás</i> | |
| GABRIEL MIRÓ Y EL PESO DE LOS AÑOS | 197 |
| <i>Ricardo Landeira</i> | |
| MIRÓ ANTE EL MOTIVO DE «EL SACERDOTE ENAMORADO»..... | 213 |
| <i>Ana L. Baquero Escudero</i> | |
| GABRIEL MIRÓ, FILÓGRAFO: AMOR, DESEO Y EGOÍSMO EN <i>NIÑO Y GRANDE</i> .. | 235 |
| <i>Laura Palomo Alepuz</i> | |
| LA REVISTA <i>EL IBERO</i> (1898-1903) Y LAS COLABORACIONES PERIODÍSTICAS DE GABRIEL MIRÓ | 259 |
| <i>Enrique Rubio Cremades</i> | |
| GABRIEL MIRÓ Y GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ: SAGA FAMILIAR Y CRÍTICA SOCIOPOLÍTICA..... | 281 |
| <i>Guillermo Lain Corona</i> | |
| EL SEÑOR DE LOS ESTANQUES (CARTA APÓCRIFA DE CLEMENCIA MIRÓ A LA MUERTE DE SU PADRE)..... | 309 |
| <i>José Luis Ferris</i> | |

III
DE VARIA LECTIONE

| | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| DE NUEVO SOBRE CERVANTES Y LA CONSTRUCCIÓN DE SUS MORISCOS..... | 317 |
| <i>Luis F. Bernabé Pons</i> | |
| EL MILAGRO DE LAS LÁGRIMAS (ORIHUELA, 1706) Y LA INQUISICIÓN | 335 |
| <i>Enrique Giménez López</i> | |
| SAFO EN LA IMAGINACIÓN DE CAROLINA CORONADO Y DE EMILIO CASTELAR..... | 341 |
| <i>José María Ferri Coll</i> | |
| LOS ESCRITOS DE VIAJES DE MIGUEL DE UNAMUNO | 355 |
| <i>Ramón F. Llorens García</i> | |
| MANUEL BUENO, DIRECTOR DE <i>MADRID, REVISTA LITERARIA</i> (1901)..... | 365 |
| <i>Cecilio Alonso</i> | |
| CARMEN DE BURGOS (<i>COLOMBINE</i>) EN EL <i>HERALDO DE MADRID</i> (LAS NUEVAS SENDAS DEL PERIODISMO LITERARIO ESPAÑOL DE AUTORÍA FEMENINA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX) | 389 |
| <i>Helena Establier Pérez</i> | |
| LA ENSOÑACIÓN ANTE LA IMAGEN: GIL-ALBERT Y LA PINTURA | 417 |
| <i>José Carlos Rovira</i> | |
| EL PROCESAMIENTO DE RAMÓN GOY DE SILVA EN EL MADRID DE LA VICTORIA | 429 |
| <i>Juan A. Ríos Carratalá</i> | |
| JOSEFINA ESCOLANO SOPENA, LA HERNANDIANA <i>MARÍA DE GRACIA</i> <i>IFACH</i> , NOVELISTA EN 1925 | 439 |
| <i>Ángela Ena Bordonada</i> | |
| DONDE DA LA VUELTA LA VIDA (UNA ENTREVISTA INÉDITA A GONZALO TORRENTE BALLESTER)..... | 459 |
| <i>Susana Pastor Cesteros</i> | |

«LA DULCE PÁTINA DEL TIEMPO» EN VÉZELAY, CIUDAD MUERTA DE
JULIO RAMÓN RIBEYRO..... 479

Eva Valero Juan

POETAS MEXICANAS EN LENGUAS ORIGINARIAS. SOBRE LA ECOPOESÍA
Y LO ANCESTRAL: EL CASO DE ROSA MAQUEDA VICENTE 495

Carmen Alemany Bay

SAFO EN LA IMAGINACIÓN DE CAROLINA CORONADO Y DE EMILIO CASTELAR

José María FERRI COLL
Universidad de Alicante

A pesar de no haberse conservado más que una mínima parte de los doce mil versos que se estima que conforman la obra de la poeta griega Safo, cuya vida transcurrió entre los siglos VII y VI a. C., el nombre de esta, acompañado de testimonios de carácter histórico junto con detalles debidos principalmente a la imaginación de los cómicos griegos del siglo IV a. C. y de Ovidio, siglos más tarde, útiles sin duda alguna para armar una biografía de la de Lesbos más legendaria que verídica, ha sobrevivido a su tiempo por un lado como ejemplo de la enamorada suicida y por otro como modelo excelso de poeta lírica. En las letras españolas del siglo XIX, en diferente género y bajo distintas perspectivas, la escritora de Lesbos estuvo presente (López, 1997; Barrero, 2004).

En 1839, el periódico barcelonés *Museo de Familias* publicó en su sección dedicada a la literatura un artículo titulado «Mujeres griegas», en que, como es natural, su autor, cuyo nombre desconocemos, dedicó mucho más espacio a Safo que a las otras diecisiete mujeres acogidas en su trabajo, haciéndose eco de muchos de los detalles biográficos cuya exactitud ignoramos, entre ellos el lugar común del suicidio:

Que la mujer que ha escrito esta oda, dechado del género amatorio, haya trepado el promontorio de Leucada y terminado su vida para encontrar en la muerte un asilo contra el extravío de su corazón, es un hecho muy creíble. Ateneo, útil conservador de una infinidad de tesoros antiguos, ha insertado, en sus *Deipnosophistas*, otra oda mucho menos conocida que la precedente, pero digna de ser estudiada. Safo la compuso cuando Faón, menos afecto al embeleso poético que al atractivo de una tierna beldad, había orillado a la Lesbia. Byron, Burns, Meléndez y Arriaza han expresado gallardos raptos sobre el mismo objeto.

[...]

El fin de aquella vida, sacrificada en el ara de la diosa que la poetisa invocaba, fue el desenlace natural de un drama tan acalorado. ¿Quién ignora la historia del infiel y fugitivo Faón y del promontorio de Léucade? Este promontorio es una roca blanca y descarnada, tal vez la más espantosa de la Acarnania. Forma el cabo de la isla de San Mauro, y cuando se navega en el mar Jónico, se ve a muy larga distancia en el horizonte. Este promontorio de los amantes [...] ha dado margen a una infinidad de historias que Focio ha recogido, y que son tan anoveladas como entretenidas. Las olas de Leucada, si hemos de dar crédito a los historiadores, han tragado muchos más hombres que mujeres. Safo es la primera que haya usado este violento remedio contra el amor (1839: 236-237).

Otro artículo de 1842, firmado en esta ocasión bajo las iniciales S. R. en el *Semanario Pintoresco Español*, titulado «La poetisa Saffo», es deudor de una famosa epístola de Ovidio en que se aireó la imagen de una Safo desdeñada. En efecto, así se nos muestra en las *Cartas de las heroínas*, más concretamente en la dirigida por Safo a Faón, el amante desdeñoso. Para comprender la fama que había alcanzado la griega basta con repasar el índice de epístolas y comprobar la nómina de remitentes elegidas por el autor del *Ars amandi*: Penélope, Medea, Dido, Hero, entre otras muchas. Es decir, Safo comparece aquí entre lo más granado de los mitos femeninos antiguos. Además, hay que señalar que la de Lesbos es la única de las veintiuna heroínas cuya existencia real se ha podido comprobar. Quizás, la delgada línea que ha venido separando al personaje histórico del mito ficcional ha hecho que, a lo largo del tiempo, el caso de Safo haya sido ambivalente y su biografía apta para satisfacer tanto a los amantes de la verdad como a quienes prefieren imaginar al personaje legendario. Si no tenemos constancia histórica de su biografía amorosa, al contrario sí ha quedado patente que su poesía fue admirada en su época sin lugar a dudas hasta el punto de que se la consideró una escritora de oficio consagrada a la poesía no como pasatiempo sino con el ánimo de ser reconocida como poeta.

El hecho de ser poeta aplicada al tema amoroso y al mismo tiempo mujer desdeñada que planea su suicidio la hizo doblemente atractiva para los lectores y lectoras del siglo XIX, que seguramente se harían eco más de la leyenda sobre la griega que de su propia obra porque la de Lesbos se había convertido en un motivo literario y esa circunstancia, así como la escasa obra disponible de la poeta, habían conseguido trasladar a la imaginación del público antes el ejemplo del mito que la vida y obra de una escritora esplendente y singular. La representación madrileña acaecida en 1842 y 1843 de la ópera de Cammarano y Pacini *Saffo*, estrenada en Nápoles en 1840, es uno de los indicios que apuntan a la fama que tenía el personaje entre el público culto, así como la pervivencia de la historia de la pasión amorosa y del suicidio de la poeta griega. Dos ejemplos

complementarios de cómo imaginaron a Safo los escritores españoles del XIX vienen representados por Carolina Coronado y Emilio Castelar. La primera, excepcional y apreciada poeta en su tiempo, como han dejado patente quienes se han acercado a la biografía de la extremeña desde diferentes perspectivas (George, 1852; Cascales, 1911; Burgos, 1917; Gómez de la Serna, 1942; Diego, 1962; Castilla, 1987; Pérez, 1999; Haidt, 2011; Fernández, 2011; Burguera, 2018; Cabello 2021), se hizo eco de la condición de Safo de enamorada desdeñada y suicida, sobre todo en su lírica, mientras que en sus artículos defendió el carácter singular y reivindicativo de aquella como mujer que aspira a la libertad, que, por su sexo, no puede alcanzar plenamente. El segundo, por su parte, rechazando la autenticidad de la biografía amorosa de Safo, se aplicó en contextualizar a la griega en su momento artístico, político y cultural en un vasto retrato de una sociedad donde el matriarcado tiene prevalencia.

En dos curiosos artículos dedicados a Safo y a Santa Teresa publicados en el *Semanario Pintoresco Español*, Carolina Coronado (1850 a y b) considera a ambas mujeres «genios gemelos» intentando trazar un paralelismo entre sus vidas que no ha sido bien recibido, en general, por la crítica, aunque una contemporánea como Madame Richard lo considerara «un pensamiento original y bello» (1850: 194), por más que afeara a la autora el hecho de que hubiera preterido a grandes escritoras francesas en favor de Teresa de Ávila, que había carecido de instrucción literaria; o que se ha interpretado como una forma de pergeñar una suerte de genealogía de escritoras de diferente pelaje de la que formaría parte asimismo la extremeña (Kaminsky, 1993). Precisamente en la respuesta de Carolina Coronado que el *Semanario Pintoresco Español* publicó a continuación del texto de Amelie Richard, la española defiende el parnaso femenino español: «Por lo que hace a las españolas, no ambicionamos ejércitos de Literatas; nos basta con haber tenido una poetisa más inspirada que las francesas, y que esa haya sido Santa» (Richard, 1850: 195). La defensa que lleva a cabo Carolina Coronado en este punto es interesante para entender mejor la finalidad de la comparación entre Safo y Santa Teresa:

La alabanza que hemos tributado a Santa Teresa es débil. Santa Teresa merece más. Santa Teresa y Safo son las primeras poetisas del mundo, y merecían ser elogiadas por el primer crítico de la Francia, por madame Estael...

¡Oh, madame Estael!

¿Y por qué no hemos comparado a madame Estael con Teresa o con Safo? pregunta madame Richard. Vamos a decirlo.

Porque un hombre no puede ser comparado sino con otro *hombre*. Porque un poeta grave, un filósofo profundo, un político eminente, un erudito, un sabio, en fin, no pueden ser comparados con una poetisa. Porque las cualidades de sus talentos son diferentes. Porque son opuestas.

Entremos en el fondo de la cuestión.

La Literata no es la *Poetisa*. La *Poetisa* no es la *Sabia*.

La facultad poética es un talento innato. Rudo como el de Ossian, que cantaba en los bosques a la llama de un tronco de encina; cultivado como el de Lord Byron, que escribía desde el fondo de la butaca, el talento poético se robustece o se debilita en la instrucción según su índole, pero no se adquiere.

En España no hay educación literaria para las mujeres. Madame Richard lo confiesa hablando de nuestra Santa.

Teresa de Jesús ha escrito por *genio* por *inspiración*, Teresa de Jesús es *Poetisa*.

La literatura es un arte. Se *aprende a escribir* prosa, se *aprende a versificar*, se pueden componer libros sin ser poeta (Richard, 1850: 195).

Creo que hay puntos de vista interesantes en los artículos consagrados a Safo y algunos temas cuya importancia la escritora extremeña quiso destacar enfrentando cara a cara a las dos mujeres. Sin embargo, el afán de la de Almendralejo por hacerlas parte de una misma sustancia y por trazar un recorrido sentimental e intelectual común para las dos escritoras roza muchas veces lo absurdo. Me parece que, precisamente por resultar la comparación muy forzada, ha quedado en segundo plano la reflexión que Carolina Coronado hace sobre motivos también abordados en su poesía. Uno de estos temas es el carácter de la genialidad, asociada a la soledad y la melancolía, que puede desembocar en el suicidio:

Los grandes ingenios nacen por lo regular aislados, y viven moralmente célibes. Esta soledad, este abandono del alma que ha producido en los tiempos modernos el sarcasmo de Ciron, el hastío de Espronceda y el suicidio de Larra, debió ser la causa de la desesperación de Safo (Coronado, 1850a: 90).

La soledad, en efecto, es la primera enfermedad que afecta a los seres dotados de talento singular. Aristóteles se había preguntado en la sección 2.^a del *Problema XXX* por qué todos los hombres de ingenio habían sido melancólicos. Como es sabido, los griegos consagraron el género de los *Problemata* a aquellos asuntos para los que no había una respuesta, o al menos una solución satisfactoria plenamente. Desligada del aura de excepcionalidad y prestigio de que había gozado sobre todo a partir de su tratamiento renacentista, la melancolía en el siglo XIX entra de lleno en el catálogo de las enfermedades mentales. Es también el momento en que este padecer empieza a adscribirse al territorio del cerebro y no tanto a los males físicos provocados por el desorden de los humores que, desde los médicos de Cos, había prevalecido en la medicina occidental. Así, en 1843, el famoso psiquiatra francés Jules Baillarger (1809-1890) describió a un grupo de pacientes inmóviles, en apariencia «idiotas», transitoriamente absorbidos en un delirio interior (ideas tristes, alucinaciones) del que solo podían dar cuenta una vez recuperados, y llamó a ese cuadro «melancolía con estupor» o «melancolía estuporosa». Casi todas las taxonomías decimonónicas consagradas a ordenar y nombrar las enfermedades de la mente incluyen la

melancolía en sus diferentes géneros (Plumed, 2005). Se suele caracterizar por una especie de letargo e incapacidad para que quien la sufre pueda emprender acción alguna. En 1886, Savage dijo de la melancolía que esta era un «estado de depresión mental, en el que la tristeza es desproporcionada tanto en relación con su causa aparente como en la peculiar forma que adopta. El dolor mental depende de cambios físicos y corporales y no directamente del ambiente». A finales del siglo XIX, los marbetes *depresión* y *melancolía* se utilizaron indistintamente. En este sentido, J. Jastrow escribió en el *Dictionary of philosophy and psychology*, editado por Balwin (1901), *sub voce depression* que se trataba de una «enfermedad caracterizada por el abatimiento del ánimo, la falta de valor o de iniciativa y la tendencia a los pensamientos tristes». Las conductas suicidas, que se venían relacionando con estos padecimientos desde antiguo, atrajeron a los románticos no solo en la ficción sino también en la realidad por el caso singular de los escritores suicidas. En ese contexto, Carolina Coronado se atrevió a explicar el suicidio de Safo:

¡Ahora creo hallar en tu suicidio el arrebató de un corazón bueno y generoso, ciego de dolor y desesperado por tan duras ofensas y tan crueles decepciones! No, Safo no era mala; y esas palabras de virtud que coloca en sus labios el recto Aristóteles, no fueron hijas de la hipocresía. El alma de Safo era ingenua, y por eso su amor prestó fundamento a la calumnia. Safo nació para redimir a su sexo del desprecio en que le tenía la superioridad de los hombres, y como redentora fue mártir. En vano consultó a los oráculos. Las pitonisas engañaban su credulidad. Sí, Safo era una mujer llena de abnegación, una mujer sublime que consagró su existencia a las nobles pasiones. La inspiración de la poesía no desciende a los seres innobles, a los seres degradados. Safo engrandeció las artes. Safo regeneró el entendimiento de las mujeres de Atenas, y esa estatua que Silanión famoso la esculpió en vida, y esas monedas que se acuñaron con su busto, y ese delirio de la Grecia por el nombre de Safo, ¡no podían ser ovaciones a una mujer envilecida! (Coronado, 1850a: 91).

La perseverancia de Carolina Coronado por encontrar paralelismos entre las dos mujeres la lleva a identificar en Teresa de Ávila una suerte de suicidio simbólico:

Triste, muy triste debió ser el día de aquel suicidio moral en que se robaba al mundo el más claro espejo de las virtudes, el más bello modelo de su sexo, para sepultarlo en la oscuridad de un claustro, y consumir en insomnios y abstinencias una fuerza que hubiera podido emplearse en beneficio de la sociedad. Porque si aquella mujer heroica hubiera encaminado su enérgico instinto hacia la educación de las familias, si los veinte años de inauditos trabajos que pasó para fundar conventos y educar célibes, los hubiera empleado en fundar colegios y en instruir a las madres, hubiera regenerado a España. Apartando de la corrupción a mil doncellas, no hacía sino disminuir el número de las malas

mujeres. Pero dando a la sociedad mil madres educadas, hubiera aumentado el número de los buenos hijos (Coronado, 1850a: 91).

Conviene recordar que, en la poesía de Coronado, la contemplación de la naturaleza y el apartamiento del mundo son temas recurrentes (Rolle-Rissetto, 1998). De inspiración clásica, ambos motivos están relacionados con la melancolía, mal que provocaba en quien lo padecía postración, vigilia, inapetencia, deseo de soledad y, en los casos más extremos, de hallar la muerte. El poema titulado «Melancolía», publicado en la edición de 1843, concluye precisamente con una lira que resume el deseo de soledad:

Un alma alborozada
tantos encantos y mudanzas vea;
la mía desolada
de cuanto la rodea,
solo con el silencio se recrea (I, 116)⁷.

En «Amistad de la luna» define asimismo la melancolía reduciéndola a sus atributos básicos. El color negro del humor que la provoca y uno de sus síntomas clásicos, la soledad:

Esa oscura enfermedad
que llaman melancolía
me trajo a la soledad
a verte, luna sombría (I, 169).

La idea de apartamiento comparece asimismo en el conocido poema «A la soledad», que Hartzenbusch consideró idóneo para inaugurar sus poemarios de 1843 y 1852. En su última lira, se comprueba el efecto balsámico que el apartamiento tiene en el corazón de la poeta:

Y al final hallo en tu calma,
¡oh soledad!, si no el contento mío,
si no entero del alma
el dulce señorío,
blando reposo a mi penar tardío (I, 113).

La soledad también es refugio de la mujer, que se siente considerada mero objeto destinado a satisfacer los deseos del varón, quien solo muestra interés por su belleza. La hermosa composición «Rosa blanca» es buen ejemplo de ello y de la profundidad de algunas de las ideas de la autora (Kirpatrick, 1991):

¿Y qué importa si es hermosa?
Sola, muda y abismada

7. Uso siempre la edición de Torres Nebrera (1993) indicando únicamente el volumen y la página.

solo busca la apartada
arboleda silenciosa.

Y allí, cuando debilita
su espíritu el sufrimiento,
en brazos del desaliento
ni oye, ni ve, ni medita (I, 158).

De vuelta a la comparación entre Safo y Santa Teresa, Carolina Coronado reprodujo las propias palabras de Santa Teresa sobre los terribles males que acecharon su cuerpo y el estado de muerte aparente, similar al que experimentaba la extremeña, provocada por los ataques de paroxismo, mal frecuentemente descrito en los tratados médicos españoles del Siglo de Oro:

Quedé de estos cuatro días de parasismo, de manera, que solo el Señor puede saber los insoportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida [...], la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estar descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviese muerta. Diome aquella noche un parasismo, que me duró estar sin sentido cuatro días, poco menos. En esto me dieron el sacramento de la unción, y cada hora ó momento pensaba espiraba, y no hacían sino decirme el credo, como si alguna cosa entendiera. Teníame a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos. Día y medio tuvieron abierta la sepultura en el monasterio aguardando el cuerpo allá. A la que esperaban muerta recibieron con alma; mas el cuerpo peor que... muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solo los huesos tenía: ya digo que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, tres años. Cuando comencé a andar a gatas alababa al Señor (Coronado, 1850a: 92).

Y comparece entonces la contemplación de la muerte propia:

¡Oh! ¡una criatura tan hermosa, que era pasmo de las gentes se suicida en la belleza y asiste a los funerales anticipados de su juventud; y ve pasar la imagen de sí misma sin dejar a su amor una débil copia; y se levanta como una sombra sobre su propia tumba! ¡Oh Teresa! ¡Quién sino una mujer podrá comprender el valor de este triunfo! Nosotras, que sabemos cómo la sangre hierve en nuestras venas en esas horas de fiebre en que nos abrasa la pasión, nosotras, que sabemos cómo el recuerdo de una mirada hace vibrar nuestras fibras, ¡nosotras podemos comprender lo que sufriste hora por hora en esa gran batalla del espíritu contra el corazón! ¡Esas noches de locos insomnios, de sueños falsos en que el dolor físico y el dolor moral reunidos en nuestro desventurado cuerpo nos hace ver iluminado el aire, globos de luz en la oscuridad, y nos hace escuchar ruidos sordos como de un torrente lejano, como de una rueda que gira! ¡Esos vértigos, esos delirios, esas ansias, esos desmayos,

esa postración que lentamente viene después que hemos consumido gota a gota el caudal de nuestra sangre en la enfermedad, los comprendemos nosotras! Pero ¿quién, Teresa, tendrá la virtud de alabar como tú a Dios en medio de ese tremendo martirio, y quién sino tú puede considerarse dichosa, porque al fin el dolor dejó tus miembros tullidos y te permite arrastrarte por el suelo? (Coronado, 1850a: 92).

En las palabras de Teresa de Ávila es posible encontrar paralelos con los padeceres corporales que sufrió Carolina Coronado, fundamentalmente con los relacionados con su privación sensorial fruto de los ataques de catalepsia y con la propia muerte. Estas privaciones pueden ser traídas a colación en el poema «La primavera anticipada» en que la autora, a pesar de ser consciente de que ha llegado la alegre estación, es incapaz de percibir su huella a través de sus sentidos: «Es ¡ay! ¡que en mis sentidos conturbados / aún hay silencio, hay hielos, hay nublados!» (I, 129). La idea se repite en otros poemas, como en «Primavera invisible»: «Yo he tenido en mi cabeza / medio muertos los sentidos» (I, 184).

En la comparación entre Safo y Teresa de Ávila, nuestra autora presenta muchas reflexiones sobre el deseo insatisfecho. Quizás el poema «El girasol» ofrezca una síntesis precisa de la postura de Carolina Coronado:

¡Ay triste flor!, que su reflejo abrasa
voraz, y extingue tu preciosa vida;
mas ya tu amante al occidente pasa,
y allí tornas la faz descolorida.
[...]
¿Qué valió tu ambición, por más que el vuelo
del altanero orgullo remontaste?
Tu mísera raíz murió en el suelo,
y ese sol tan hermoso que adoraste,
sobre tus tristes fúnebres despojos
mañana pasará desde la cumbre.
Ni a contemplar se detendrán sus ojos,
¡que te abrasaste por amar su lumbre! (I, 137).

Se reverdece asimismo el tópico del *carpe diem*, como en el poema «A la mariposa»:

¡Ay! goza, mariposa,
la pasajera vida de dulzura,
que vuela presurosa:
goza allá tu ventura,
revolando en la siesta silenciosa (I,147).

«Los cantos de Safo» constituyen una de las cimas líricas de Coronado. Se puede apreciar en estos versos cómo la autora es capaz de servirse de diferentes

modelos clásicos (Ovidio sobre todo) y románticos (Mme. de Stäel y Leopardi principalmente) para que su propia voz se manifieste junto a la de la cantora de Lesbos, cuya biografía legendaria le viene como anillo al dedo para tratar de diferentes temas, pero sobre todo de un asunto medular para la poeta española, a saber, el lugar de la mujer en el ámbito de los deseos en sus dos caras o bien como sujeto o bien como objeto. La cuestión tiene su miga y desde luego creo que no se puede decir que Carolina Coronado no la planteara en profundidad. La atracción de la belleza de los cuerpos, el consuelo del arte para quien no posee esta, como, si creemos a Ovidio, era el caso de Safo (¡y desde luego poco agraciada la retrató el colaborador mencionado arriba del *Semanario Pintoresco Español* [31 de julio de 1842] en su esbozo biográfico!), el deseo femenino en un contexto hostil a que la mujer muestre sus inclinaciones verdaderas, y finalmente la destrucción del cuerpo como respuesta y remedio a una existencia insatisfactoria son asuntos sobre los que la escritora extremeña tiene opinión. El tema del suicidio con todas sus connotaciones pone el broche en la hermosa composición «El salto de Léucades» (Barrero, 2004: 63-67).

En una serie de tres artículos publicados en *La Discusión*, Castelar (1857) ofreció una estampa y valoración de la poeta Carolina Coronado y de su poesía. No olvidó el célebre orador mencionar a Safo. Se sirve del ejemplo de la de Lesbos para argumentar la superioridad poética de las mujeres frente a los varones amparándose en las conocidas palabras de Goethe en el sentido de señalar ideal femenino el del arte:

¿Cuál será la poetisa más perfecta? La que mejor conserve y refleje las cualidades de mujer en sus versos. Pues bien, esta poetisa vive entre nosotros, y se llama doña Carolina Coronado. No conozco poetisa que le aventaje en conocer la naturaleza de las pasiones, ni que le iguale en la delicadeza del sentimiento. Doña Carolina Coronado tiene el talento peculiar, íntimo de la poetisa. El artista, para levantarse a tan alto asiento, ha menester sentir en sí todas las bellezas de la naturaleza y volar hasta las regiones más elevadas del pensamiento. Estos dos caracteres profundamente poéticos se encuentran en alto grado en doña Carolina Coronado. Si lo dudáis, leed su divino canto «El Amor de los amores», en que todas las galas de la poesía meridional se unen a la profunda tristeza de la poesía del Norte (3 de enero).

En su extensísimo prólogo, que ocupa el primer volumen de la *Galería histórica de mujeres célebres*, el cual es más bien un ensayo sobre diferentes aspectos universales de la dualidad masculina y femenina, trajo a colación la idea de que «al género de la mujer se une involuntariamente lo melodioso en música, en pintura lo suave y delicado, en poesía lo tierno y melancólico» (1886: 27), que asocia al parecer de Goethe recordado antes. Los artículos mencionados arriba de *La Discusión* fueron el inicio de una serie de publicaciones en que Castelar reparó en la obra y la personalidad de la poeta extremeña, a quien dedicó años

más tarde diferentes estudios ya en formato de libro (1869, 1877 y 1884). La presencia de Carolina Coronado en las páginas de Castelar es reveladora y demuestra su interés por la escritora y por la escritura de las mujeres. La indagación sobre la poesía femenina, no obstante, debía partir de los clásicos, y más específicamente, del dechado de Safo, a la que retrató en el volumen cuarto de la *Galería* (1887). La colección era inaugurada por Eva (vol. 2) y clausurada por la Virgen María (vol. 8). La escritora griega, por su parte, compartía volumen con la diosa Ceres (Deméter para los griegos), la ninfa Dafne, la mítica Helena, la sacerdotisa Medea, la espartana Gorgo, hija, esposa y madre de un rey de Esparta, y las mujeres dorias, y Atosa, reina consorte de Persia, aunque más recordada por su capacidad para interpretar los sueños. De las mujeres de la Grecia antigua, Castelar destaca su capacidad para el liderazgo en sociedades proclives al matriarcado:

Pero el que las mujeres perdieran su autoridad política no llevaba, no, aparejada la pérdida de su poder intelectual y moral. Recordad que Grecia lucha con Troya por Helena; que Jasón el argonauta se rinde y somete a la imperiosa Medea; que Ulises encuentra en una parte a Circe y en otra parte a Calipso, quedando siempre devoto de Penélope; que, a pesar de su fortaleza, Hércules parece un esclavo de Onfala; que los helenos combatieron bajo la virginal Atenea y tomaron las clámides santas de esta diosa por égida; que Teseo, aquel semidiós a quien tanto deben los atenienses, lleva consigo hasta Napsos a la hija de Ninos, Ariadna; que los misterios de Eleúsis, donde se adoraba la reproducción, servían para consagrar más y más la castidad de las mujeres; que acaban en Ifigenia los sacrificios humanos, porque los griegos ofrecen a sus dioses airados, en vez de la hermosa virgen, una hermosa ternera; que los pelagosos han llamado a Ceres Deméter para dar a la tierra, con el nombre inmortal de esta diosa, el nombre también de madre; que las ninfas escondidas en las claras aguas del arroyo Liceo cuidan a Júpiter niño; que las musas, hijas de la naturaleza, madres de la poesía, como las sacerdotisas, como las sibilas, recuerdan el predominio ejercido por la mujer en todo el mundo helénico, aun después de haber abandonado aquel predominio político e inmenso poder social ejercido y gozado por ellas durante mucho tiempo (1887: 20-21).

Para Castelar, la poeta griega representaba la «poesía eminentemente subjetiva» (2022: 284). Tal hecho se debía a que, a diferencia de los poetas dorios, los líricos eolios, entre los que hay que circunscribir a Safo, escribían estrofas para ser cantadas por una sola persona representando la «pasión puramente individual» (2022: 283). Frente a la lectura de un poema dorio, que puede trasladar al lector una suerte de imagen épica y colectiva, la lectura de Safo hace que el lector se conmueva:

Pero leyendo a Safo, cuya poesía resulta en el tiempo y en el espacio la poesía eolia, sentís que vuestra sangre se mueve con ímpetu, que vuestros nervios se

agitan en desorden, que vuestro corazón late con fuerza, que vuestras sienas palpitan con redoblados golpes a impulsos de una pasión individual exaltada naturalmente y enardecida en el éter y el calor de la poesía (2022: 283).

Tal emoción es compartida por la lírica romántica de las primeras décadas del XIX, lo que facilitó mucho la nombradía de Safo en esa centuria. Castelar mienta a Heine, Byron y Musset como modelos de modernos poetas líricos que representan esa poesía en toda su ingenuidad. Para contextualizarla en su tiempo, Castelar la compara con otro insigne poeta de Lesbos, Alceo, representante de una lírica más objetiva y menos íntima, que no ha conseguido superar la inspirada poesía de Safo. Para seguir el hilo argumental del volumen, probablemente Castelar, que había ido trabando relaciones entre las protagonistas del libro y los varones contemporáneos, eligió la figura de un egregio poeta para destacar la figura de Safo, que se convierte en reina de los poetas griegos.

Por lo que hace al deseo, la de Lesbos «debía representar, a no dudarlo, el amor satisfecho, el amor feliz, y, sin embargo, representa el amor desconocido, el amor sin esperanza» (2022: 285):

Cantora del amor, expresivamente describió las angustias por donde pasa el alma enamorada, las fiebres propias de una sangre ardiente, la fijeza de los ojos en el objeto amado y la fijeza del pensamiento en su recuerdo, como al ver venir a quien se ama parece un Dios y el oído se abre para recoger las palabras caídas de sus labios, las cuales producen aturdimientos en la cabeza, latidos en el corazón hasta el extremo de sobrevenir una especie de increíble deliquio en que falta la voz y agarrarse al cuerpo todo una especie de fuego sutil que abrasa la piel, transfundiéndose un ser en otro ser, como se transfunden las aguas que los riegan, por los árboles y se pierden los ríos, que le tributan, por el mar. La mujer que así ha descrito el amor, si por el amor ha muerto, por el amor ha sido también immortalizada en la historia (2022: 293).

Castelar resumió asimismo la historia que había presentado a Safo «a la posteridad como la representante del amor infeliz» (2022: 292):

Después de haber despreciado al gran poeta y compatriota suyo que se llamó Alceo, como ya hemos visto, enamorose de un joven robusto y hermoso, por el cual vivió triste y anhelante los últimos años de su vida y acabó suicidándose allá en los mares de Léucade. Tal historia se ha sobrepuesto con sobreposición tan grande al nombre de Safo, que no pueden dividirse y separarse una de otra (2022: 292).

En fin, Carolina Coronado y Emilio Castelar se sumaron a la admiración de su época por Safo. La extremeña consideró a la de Lesbos dechado de inspiración poética, cualidad independiente de la formación literaria, a la que la mujer rara vez tenía acceso, para defender la idea de la genialidad innata en las mujeres. Ese fue también el caso de Teresa de Ávila y de la propia Carolina. Se exploró

en este sentido la relación entre el genio, la melancolía y la poesía. Asimismo, la de Almendralejo aprovechó la fuerza poética de determinadas imágenes asociadas a la escritora griega para la creación de alguno de sus poemas de mayor fuerza romántica. El amor no correspondido y el suicidio no podían ser superados por ningún otro lugar común. Por su parte, Castelar dedicó a Safo un ensayo literario de mimbres históricos, sociológicos e ideológicos debidos al ingente acervo cultural del político español. En ese contexto, el autor diferencia bien entre lo histórico y lo legendario contextualizando el papel que desempeñó la poeta griega en el mundo en que vivió y su aportación a la conformación de una lírica subjetiva e intimista capaz de conmover al lector y de distinguirse de la de sus contemporáneos varones.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BALDWIN, J. M. (ed.), *Dictionary of philosophy and psychology*, London, McMillan, 1991.
- BARRERO PÉREZ, Óscar, «Imágenes de Safo en la literatura española (II). El Romanticismo», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 12 (2004), pp. 61-75.
- BURGOS, Carmen de, «Mujeres intelectuales. Carolina Coronado». *La Esfera*, año 4, 161, 27 de enero de 1917.
- BURGUERA, Mónica, «La estrategia biográfica. Gertrudis Gómez de Avellaneda y Carolina Coronado, románticas después del romanticismo», *Política y sociedad*, 555, 1 (2018), pp. 43-68.
- CABELLO, Estefanía, «Carolina Coronado en su biografía. La construcción de una imagen. Mecenazgo masculino y apuntes biográficos», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 27 (2021), pp. 609-633.
- CASCALES MUÑOZ, José, «Carolina Coronado: su vida y sus obras», *La España Moderna*, 268 (abril, 1911), pp. 40-65.
- CASTELAR, Emilio, «Doña Carolina Coronado», *La Discusión*, 3 de enero, 2 de febrero y 23 de mayo de 1857.
- CASTELAR, Emilio, *Doña Carolina Coronado*, Madrid, Impr. de M. Tello, 1869.
- CASTELAR, Emilio, *Doña Carolina Coronado: Étude biographique par Emile Castelar*, Lisbonne, Imp. Nationale, 1877.
- CASTELAR, Emilio, «Carolina Coronado», en *Poesías completas de Carolina Coronado*, México, Imprenta de la Librería Hispano-Mexicana, 1884, pp. 7-27.
- CASTELAR, Emilio, *Galería histórica de mujeres célebres*, Madrid, Imprenta de Álvarez Hermanos, 8 vols., 1886-1889. Safo aparece en el cuarto volumen (1887: 371-399).
- CASTELAR, Emilio, *Escritos sobre literatura*, ed. Davide Mombelli, Madrid, Verbum, 2022.
- CASTILLA, Alberto, *Carolina Coronado de Perry*, Madrid, Ediciones Beramar, 1987.
- CORONADO, Carolina, *Poesías*, pról. Juan Eugenio Hartzenbusch, Madrid, Imprenta de Alegría y Charlain, 1843.

- CORONADO, Carolina, «Los genios gemelos. Primer paralelo. Safo y Santa Teresa de Jesús», *Semanario Pintoresco Español*, 24 de marzo, 1850a, pp. 89-94. [A renglón seguido de la firma de la autora se lee «Sierra de la Jarilla-Mayo de 1848»].
- CORONADO, Carolina, «Los genios gemelos. Notas para la mejor inteligencia del paralelo de Safo y Santa Teresa de Jesús», *Semanario Pintoresco Español*, 9 de junio, 1850b, pp. 178-180 [A renglón seguido de la firma de la autora se lee «Sierra de la Jarilla-Mayo de 1848»].
- CORONADO, Carolina, *Poesías de la señorita doña Carolina Coronado*, Madrid, Oficinas y Establecimiento Tipográfico del *Semanario Pintoresco* y de *La Ilustración*. Con apuntes biográficos de Ángel Fernández de los Ríos y prólogo de Juan Eugenio Hartzenbusch, 1852 [es reproducción del publicado en 1843].
- CORONADO, Carolina, *Poesías*, ed. Noël M. Valis, Madrid, Castalia & Instituto de la Mujer, 1991.
- CORONADO, Carolina, *Obra poética*, 2 vols., ed. Gregorio Torres Nebrera, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1993.
- DIEGO, Gerardo, «Primavera de Catalina [Carolina] Coronado», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 38 (1962), pp. 385-409.
- FERNÁNDEZ-DAZA ÁLVAREZ, Carmen, *La familia de Carolina Coronado. Los primeros años en la vida de una escritora*, Almendralejo, Ayuntamiento de Almendralejo, 2011.
- GEORGE, A., «Carolina Coronado», *La Mujer*, n. 32. 7 marzo: 5-6; n. 33. 14 marzo: 4-5; n. 34. 21 marzo: 5-6; n. 35. 28 marzo; y n. 36, 5 de abril 1852.
- GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón, *Mi tía Carolina Coronado*, Buenos Aires, Emecé, 1942.
- HAI DT, Rebecca, «Sobre la dificultad de ser Carolina Coronado. Contemplación y praxis fenomenológica», *Anales de Literatura Española*, 23 (2011), 233-257.
- KAMINSKY, Amy, «The construction of immortality: Sapho, Saint Teresa and Carolina Coronado», *Letras Femeninas*, 19 (1993), pp. 1-13.
- KIRKPATRICK, Susan, *Las románticas. Mujeres escritoras y subjetividad en España (1835-1850)*, Madrid, Cátedra / Universidad de Valencia / Instituto de la Mujer, 1991.
- LÓPEZ LÓPEZ, Aurora, «Safo como referente en las poetisas hispanas de los siglos XIX y XX», *Flor*, 2, 8 (1997), pp. 221-241.
- PÉREZ GONZÁLEZ, I. M., *Carolina Coronado (Del Romanticismo a la crisis fin de siglo)*, Badajoz, Diputación de Badajoz, 1999.
- PLUMED DOMINGO, José Javier, «La clasificación de la locura en la psiquiatría española del siglo XIX», *Asclepio*, 57, 2 (2005), 223-253.
- RICHARD, Amelie, «Sobre el paralelo de Safo y Santa Teresa», *Semanario Pintoresco Español*, 23 de junio 1850, p. 194. En p. 195 se halla la respuesta de Carolina Coronado.
- ROLLE-ROSSETTO, Silvia, «Fases evolutivas y vertientes temáticas en la poesía de Carolina Coronado», *Monteagudo*, 3 (1998), pp. 103-114.
- SAVAGE, G. H., *Insanity and allied neuroses: Practical and Clinical*, 2.^a ed., London, Cassell and Company, 1886.
- S. A., «Mujeres griegas», *El Museo de Familias*, 1, cuaderno 4.^o (1839), pp. 231-240.
- S. R., «La poetisa Saffo». *Semanario Pintoresco Español*, 31 de julio 1842, pp. 246-247.